

AC 01 130

Asignatura Lenguaje. Acceso. Título, Las funciones del lenguaje.

La función poética. Autor, Maripaz Marcefa Jardo. Fecha de emisión, 10 del 11 del 83.

Vamos a explicar en esta emisión cuanto atañe al esquema de la comunicación de Román Jakobson que el alumno puede ver en su representación gráfica en los temas 6 y 7 de nuestras unidades didácticas. Su comprensión y estudio facilitará a nuestros estudiantes el poder adoptar una actitud de crítica y análisis ante las distintas formas de aplicación de los recursos estilísticos que la expresión escrita puede ofrecer. Se trata de afianzar una serie de nociones que permitan a los alumnos del curso de acceso hacer frente al texto literario situándolo dentro del hecho de la comunicación.

Empleando el término en el sentido que lo utilizó Susier, diremos que al hacer referencia al lenguaje queremos significar una capacidad común que permite a todos los miembros de la especie humana la expresión de las ideas. Esta capacidad se concreta en una diversidad de lenguas en razón de los diferentes sistemas o códigos que han ido desarrollando las distintas comunidades lingüísticas en su trayectoria. Cada uno de estos sistemas de lenguas se realizará en el habla, uso individual que cada componente de la comunidad hace del sistema.

Es fácil advertir que el intercambio social en una comunidad se realiza fundamentalmente gracias al lenguaje. Por la posibilidad que le confiere el lenguaje, el ser humano puede hacer cultura, esto es, mejorar sus facultades intelectuales, físicas y morales. Lengua y cultura son inseparables.

Están tan identificadas que, como la experiencia nos demuestra, es incompleto el aprendizaje de una lengua cuando no se conoce la cultura que la determina. Cada individuo, cada hablante, como agente lingüístico, es a la vez creador e imitador de la lengua. Mimetiza y reproduce desde el comienzo de la vida los modelos lingüísticos de aquellos que le rodean.

Y además, como receptor de comunicación, va desarrollando gradualmente su capacidad de descodificación, es decir, su capacidad de interpretación, análisis, síntesis y asimilación que determinarán la comprensión de lo que percibe. La psicología ha demostrado que personas que sufren trastornos que afectan al área del lenguaje manifiestan deficiencias en el terreno de la comprensión y la expresión verbal. El hablante, como emisor y receptor de la comunicación, incorpora su capacidad creadora.

Va más allá del contenido que se le formula. No capta escuetamente lo que emite el interlocutor. Entiende también lo que ha sido callado, lo implícito, lo no verbalizado.

Datos como edad, situación, sexo o las intenciones que no han quedado expresadas, pero que han motivado el discurso. En la medida en que el hablante reelabora el mensaje que percibe, lo acepta o lo rechaza, está actuando sobre él, moldeándolo a su criterio. Por ello, al analizar la

comunicación, hemos de atender a factores que pueden juzgarse extralingüísticos, pero que determinan y condicionan el acto de la comunicación.

No confeccionaremos el mismo mensaje si lo dirigimos a un niño o a un adulto. Supongamos que queremos expresar la idea de carencia de dinero. No tengo dinero.

Nuestro interlocutor podrá ser, por ejemplo, un mendigo, nuestro hijo o un compañero de trabajo. La formulación expresiva variará en relación a los sentimientos que la motiven. Respeto, cariño, conmiseración, desprecio o afinidad profesional.

El lenguaje, para su existencia, exige que la comunidad de hablantes acepte el sistema de leyes que configura su propia lengua. Cada individuo hereda una experiencia colectiva que actualiza en el habla, primero de manera inconsciente y más adelante a través de la reflexión consciente mediante el estudio. El hablante, a la vez que asimila el código de su propia lengua, organiza en su memoria el sistema de usos y reglas que configuran la norma.

Estos usos quedarán afirmados en la medida en que el hablante siente que son aceptados por los demás. Nos dice Saussure que la propagación de los hechos de lengua está sometida a las mismas leyes que cualquier otra costumbre social, como puede ser, por ejemplo, la moda. Y nos dice también que hay dos fuerzas contrarias y simultáneas que actúan sin cesar en toda masa humana.

Por un lado, la fuerza creadora individual, el espíritu particularista. Por otro lado, la necesidad de intercambio que da lugar a las comunicaciones entre los hombres. En esta contradicción dialéctica reside precisamente la fuerza indestructible del lenguaje.

Cada hablante individual tiene que someterse necesariamente a la obligada generalización del código para poder comunicar sus experiencias o actuar como receptor de las experiencias de los posibles interlocutores. Hay ocasiones en las que un grupo social, por impulso diferenciador, pretende distanciarse de los modelos lingüísticos aprendidos. Pretende afianzarse, aislándose de los demás a través de manifestaciones lingüísticas particularistas.

En este caso, el lenguaje actúa como separador entre los determinados grupos de un conjunto social y funciona como seña de identidad entre aquellos individuos que configuran el grupo distanciador. Esta es la explicación de las lenguas marginales tan frecuentes en todas las épocas. Existe manifestación lingüística de la tradición de jergas de algunos estamentos sociales desde la novela picaresca.

La Celestina y el Buscón reproducen el lenguaje de Lampa de su época. Espronceda incorpora en algunos pasajes de El diablo mundo el habla barriobajera y castiza del Madrid del siglo XIX. Hoy encontramos en periódicos y revistas la lengua cheli, que trata de reproducir las formas expresivas de un sector urbano desarraigado y juvenil.

Transformando algunos giros y alterando ciertos términos, ya sea en su significante, ya en su significado, se pretende un código específico del grupo que lo sustenta. En este sentido

podemos hablar del campo semántico de la droga, donde observamos algunas palabras como camello, caballo o yonqui, que nos ofrecen un claro ejemplo de cómo se construye un habla marquina. Existen también lenguajes especializados, como el jurídico o técnico de ciertas profesiones, en que los usuarios deben conocer la interpretación exacta de determinados significados.

Vamos a centrarnos en la persona de Jakobson para que el alumno conozca la dimensión científica de uno de los grandes pensadores de la lingüística contemporánea. Formó en las filas de la Escuela del Formalismo ruso y está entre los creadores del Círculo Lingüístico de Praga. Desde la Segunda Guerra Europea hasta su muerte vivió en los Estados Unidos.

Dedicó su vida al estudio de la metodología del proceso lingüístico y su manifestación en diversas culturas. Ha dejado una precisa descripción de cuánto acontece en el acto de la comunicación, así como de los factores y funciones que en ella intervienen, partiendo de las aportaciones de la psicología, la lógica y la matemática de la información. Para Jakobson es impensable la comunicación sin un receptor.

Hay situaciones en las que el hablante aparenta no dirigir a nadie su mensaje, tales como el monólogo o el soliloquio. Estas ocasiones reproducen una comunicación en la que el individuo o bien se dirige a un auditorio imaginario o bien a otra parcela de sí mismo, su alter ego, ese otro yo imaginario que adopta el papel de destinatario. En la comunicación oral, hablante y oyente intercambian fácilmente los papeles.

El oyente pasa a emitir el mensaje y el hablante a actuar como receptor. Pero esto no es tan frecuente en la comunicación escrita. La escritura es un lenguaje simbólico que reproduce la comunicación oral y tiene rango secundario, ya que sin la existencia de la lengua hablada no se hubiera podido acceder al hábito de la expresión escrita que ha permitido al hombre archivar sus experiencias y acumular conocimientos.

La permanencia del texto escrito permite aumentar cualitativamente el número de lectores, receptores posibles del mensaje, que no pueden cambiar el papel con su comunicante, pero han podido entrar en contacto con su pasado y conocer el desarrollo de su propia cultura. Jakobson alude a una serie de factores que son los agentes lingüísticos necesarios para que se dé el acto de la comunicación. De estos factores, cuatro tendrán un rango primario.

El emisor, el receptor, el contenido del mensaje y el código. Otros dos, pese a su carácter esencial, no son tan directamente observables. Son el contexto referencial o situación que enmarca el acto de la comunicación y el contacto físico y psíquico que la hace eficaz.

Como podemos ver en los esquemas que aparecen en los temas 6 y 7 de las unidades didácticas, Jakobson organizó el esquema de la comunicación situando en el mismo nivel, en el mismo plano, los factores que podríamos calificar de lineales en el acto de la comunicación. Emisor, mensaje y receptor. La línea que los separa representa el canal físico a través del que se propaga la comunicación.

Y en la vertical, cuyo centro es el mensaje, representa el contexto, el contacto y el código. Por ejemplo, apliquemos el esquema expuesto a la situación en que nos encontramos. Los profesores del curso de acceso emiten a través de la radio un mensaje para los alumnos de dicho curso, que serán los destinatarios, aunque sólo los que escuchen harán el papel de receptores de la comunicación.

El contenido del mensaje estará dentro del contexto referencial de la materia del lenguaje relacionada con el curso de acceso para mayores de 25 años. El acto de la comunicación podrá realizarse si alumnos y profesores dominan el código de la lengua, que habrá de ser común para todos. ¿Qué entendemos por el término código? Esta palabra está tomada del lenguaje jurídico y significa, en sentido estricto, recopilación organizada de leyes.

Por extensión, los lingüistas han dado este nombre al sistema de leyes o normas que rigen la lengua y a las que han de atenerse todos sus hablantes para que pueda efectuarse correctamente la comunicación. El contacto se efectúa a través del canal físico de las ondas radiofónicas y por la intención psicológica de profesores y alumnos de seguir las enseñanzas de este curso. Y, por último, el contenido del mensaje lo configura esta información que reciben ustedes.

En relación con los factores que genera la comunicación, hemos de tener en cuenta aquel que manifiesta su relevancia en el mensaje emitido. Los factores de la comunicación generan las funciones del lenguaje. El primero que se refirió a funciones lingüísticas en el sentido de para qué sirven los mensajes posibles fue Biller, un psicólogo alemán que realizó un importante estudio en torno a los campos referenciales del pronombre.

En el ámbito referencial de la primera persona, yo, nosotros, localizó Biller la función expresiva. El hablante se manifiesta de manera explícita en el mensaje. La segunda persona, tú, vosotros, ustedes, pone en marcha la función apelativa.

Mediante ella, el hablante actúa sobre el oyente para requerir algo de él. Y finalmente, en el ámbito generalizador de la tercera persona, que abarca todo el campo referencial que no pertenece al hablante ni al oyente, se manifiesta la función representativa. El esquema de Biller proporcionó las bases para futuros estudios de la comunicación.

De él partirá Jacobson para enriquecerlo y precisarlo. En primer lugar, el ámbito del emisor, en el que sentimientos de agrado, desagrado, afecto, indiferencia o ironía quedan verbalizados en el discurso. Se manifiesta la función expresiva o emotiva.

Frases como, yo no puedo soportar esta vida, ay, triste de mí, o me encanta bailar, cumplen esta función. Cuando el mensaje expresa una llamada al receptor o destinatario del mismo, se manifiesta la función apelativa o conativa. La formalización de esta función la tenemos en el vocativo y en el imperativo, así como en las interrogaciones directamente expresadas.

Como ejemplo de mensajes que cumplen esta función, nos sirven los siguientes. Las oraciones,

padre nuestro. Las frases de súplica, deme una limosnita.

Las órdenes, soldados, marchen. Las preguntas, ¿Tienes frío? ¿Vas a venir? Cuando ordenamos la comunicación hacia el contexto referencial o situación, el mensaje cumple la función representativa, que también se llama denotativa o cognoscitiva. No se manifiestan en estos mensajes actitudes personales.

Estamos en el campo gramatical de la tercera persona, mucho más amplio que los anteriores, porque abarca todo lo que no concierne al emisor yo ni al receptor tú. El discurso de este mensaje hará referencia a los hechos que se quieran dar a conocer. No podrá suprimirse ningún dato de la información que se quiera proporcionar.

Predominará en la construcción sintáctica el orden lógico. Cumple en esta función el lenguaje de las demostraciones y el lenguaje de la ciencia. Mensajes como la Luna tarda 28 días en realizar su órbita alrededor de la Tierra, el teorema de Pitágoras o el principio de Arquímedes, cumplen la función representativa.

Cuando el propio código de la lengua es objeto del mensaje, se manifiesta la función metalingüística. Desde las aseveraciones especializadas en torno a la lengua, hasta las indagaciones de labrante corriente, impelido por la necesidad de asegurar su dominio del código, cumplen la función metalingüística. Así, por ejemplo, frases como ¿Qué significado le das a ese término? Los niños utilizan con frecuencia estos mensajes cuando quieren asegurar el significado de las palabras aprendidas.

Hay veces en que el hablante interrumpe el discurso para intercalar una frase o hacer un gesto que le asegure que no se ha cortado la comunicación, que no se ha perdido el contacto psíquico. Cuando se verbalizan estos mensajes, se manifiesta la función fática. Ejemplos.

Escucha lo que voy a decir. Atención, por favor. ¿No estás en lo que digo? Es la primera función verbal que adquieren los hablantes porque puede expresarse sólo con estímulos sonoros o a través de gestos.

También los mensajes que utilizamos sólo para mantener la ilusión de que existe una comunicación cumplen la función fática. Es el caso de las charlas rituales que mantenemos con las personas a las que no tenemos nada que decir. ¿Cómo ha crecido ese niño? ¿O parece que sigue haciendo buen tiempo? Vamos a abordar el aspecto más importante de nuestra comunicación.

Hasta aquí nos hemos referido a determinados factores y funciones lingüísticas. Ahora vamos a hablar del mensaje. El mensaje genera la función más relevante para nosotros.

La función poética. El propio Jakobson la presenta con estas palabras que leemos a continuación. La orientación hacia el mensaje como tal, el mensaje por el mensaje, es la función poética del lenguaje.

Esta función no puede estudiarse de modo eficaz fuera de los problemas generales del lenguaje. La indagación del lenguaje requiere una consideración global de su función poética. Cualquier tentativa de reducir la esfera de la función poética a la poesía, o de confinar la poesía a la función poética, sería una tremenda simplificación.

La función poética no es la única función del arte verbal, sino sólo su función dominante, determinante. De ahí que al estudiar la función poética, la lingüística no deba limitarse al campo de la poesía. Jakobson, con razonamiento preciso y convincente, defiende con ardor que la lingüística y la poética no deben separarse.

Por eso escribe estas líneas que leemos a continuación. La poética se interesa por los problemas de la estructura verbal, del mismo modo que el análisis de la pintura se interesa por la estructura pictórica. Ya que la lingüística es la ciencia global de la estructura verbal, la poética puede considerarse como parte integrante de la lingüística.

Jakobson parte de la siguiente pregunta. ¿Qué es lo que hace que un mensaje verbal sea una obra de arte? La respuesta viene dada por el criterio lingüístico del codificador del mensaje, el emisor, al aplicar los recursos que la lengua le ofrece. Este criterio es el de la poética.

Jakobson lo define de la siguiente forma. La función poética proyecta el principio de equivalencia entre el eje de selección y el eje de combinación. Imaginemos que queremos expresar las ideas que están en nuestra mente, pero queremos hacerlo de forma que sorprenda y atraiga a nuestro interlocutor, impresionándole.

Queremos que guste nuestro discurso porque sea a la vez sutil y sugerente, a la par que bien expresado. ¿Qué palabras elegiremos? Y una vez elegidas, ¿cómo las combinaremos para lograr nuestro objetivo? Buscaremos entre los términos del código que están archivados en nuestra memoria lingüística, entre aquellos que son semejantes o equivalentes, el que nos parezca más brillante y capaz de representar el concepto que nuestra mente ha fracasado. Del mismo modo, elegiremos entre los términos verbales el que mejor se ajuste a lo que queremos predicar del concepto.

Y otro tanto haremos con los nexos adyacentes y presentadores, adecuados para formular el mensaje bajo el criterio de la realización sintáctica, es decir, de contigüidad en la secuencia del discurso. Esta equivalencia entre lo que se quiere expresar y lo expresado realmente ha sido buscada por los usuarios de la lengua desde que se tuvo conciencia de la importancia de la palabra. Los clásicos griegos concedieron gran estima a la técnica de hablar bien, de persuadir mediante la oratoria.

El rétor, orador, debía dominar esta técnica para convencer en el agora y atraer la conformidad, el voto de los ciudadanos de la asamblea. Debía estar capacitado para tratar muy diferentes materias, atendiendo a la configuración del mensaje, tanto como al contenido del mismo. Los latinos, asimiladores de la cultura griega, impulsaron la retórica y crearon diferentes escuelas, según los modelos a imitar, desarrollando las fórmulas acuñadas, los

recursos expresivos.

Fórmulas de dicción que se habían introducido en las distintas áreas de la cultura, como el derecho, la historia, la filosofía y el teatro. En la edad media, los estudios de letras, trivium, se componían de tres asignaturas claramente influidas por la metodología latina de perfeccionamiento de la expresión oral y escrita, la gramática, la retórica y la dialéctica. A través de estas enseñanzas han pervivido hasta nosotros las fórmulas retóricas que han permitido un amplio desarrollo de la lengua.

Aún hoy, los términos que utilizamos para nominar estos recursos nos declaran su procedencia de la lengua griega. Anáfora, epífora, metáfora, hiperbatón y metonimia, entre otros. La escritura como código de símbolos gráficos, que sustituye e imita al código originario verbal y por tanto sonoro, reproduce con toda fidelidad el mensaje del acto de la comunicación, manifestando los factores y las funciones que hemos analizado en este estudio.

Vamos a ofrecer una serie de ejemplos. Para la función expresiva tenemos las aplicaciones literarias de la lírica referidas al propio emisor del mensaje. Oigamos una estrofa de un villancico medieval recogido por Juan de la Encina.

También nos sirve la lírica para ofrecer aplicaciones literarias en las que se manifiesta la función apelativa o conativa, campo de referencia de la segunda persona. No te tardes que me muero, carcelero, no te tardes que me muero. Dentro de las estructuras del mensaje en que se manifiesta la función referencial o situación, campo significativo de la tercera persona, citaremos esta hermosa estrofa del arcipreste de Ita.

La poesía evidencia mejor los recursos lingüísticos y hace más fácil la percepción de la adecuación entre forma y contenido del mensaje. Pero las asimilaciones de conceptos, las asociaciones de semejanza y contraste, así como las gradaciones rítmicas, las frases dislocadas o los simbolismos, también configuran la prosa. El énfasis repetitivo, el ritmo interno de la frase las transgresiones intencionadas de la norma lingüística, también nos ofrecen una realización sintáctica fuertemente solidaria con la estructura interna, significativa del mensaje.

La selección de signos lingüísticos y su ordenación, presente en el discurso, hacen al realizador del mensaje, semejante al compositor, que buscando la armonía, selecciona entre las notas y las combina para construir la frase musical apropiada. Así, el artífice del texto será el armonizador de los signos lingüísticos, el escultor de la significación. Para Jakobson se da una correspondencia entre la expansión de los hechos lingüísticos y la difusión de los modelos literarios.

Constantemente se están rescatando y reinventando modelos literarios. En el Renacimiento se resucita a los clásicos. Los surrealistas de la Generación del 27 rescataron a Góngora y a sus usos metafóricos.

El habla castiza y popular está representada en los textos de nuestros mejores autores.

Cervantes, Lope y tantos otros. Esta especie de magia imitativa de los recursos lingüísticos se corresponde normalmente con un campo referencial mucho más amplio de acuñaciones de léxico.

Y sólo la individualidad que le otorga la personalidad de quien lo formula, dará originalidad y atractivo al texto, al mensaje. En el lenguaje coloquial también podemos rastrear la función poética en refranes y giros, pero su percepción es más fugaz. No podemos olvidar los cuentos y narraciones de la literatura oral.

También queremos recordar las manifestaciones de admiración que expresamos hacia aquellas personas que hablan bien, que tienen gancho con la palabra. El hablante procurará la armonía de su mensaje. Tratará de evitar ambigüedades significativas o las procurará intencionadamente en otras ocasiones.

Tratará también de evitar malsonancias o alterará la estructura lógica de la frase para estimular o sorprender al receptor de la comunicación. El resultado, en definitiva, estará condicionado por su inventario léxico, su memoria lingüística. Todos conocemos la frustración que hemos sentido dentro de situaciones en las que hemos perdido el dominio expresivo y no hemos hallado la coordinación adecuada entre el término encontrado en nuestra memoria y el matiz significativo que pretendíamos conseguir.

Todo ello nos hace más evidente la importancia que tiene una adecuada preparación lingüística para la comunidad de hablantes de una lengua.